

## SÁENZ PEÑA

---

*Conferencia leída el 9 de agosto de 1915, en el salón de actos de la Escuela Normal de Profesoras de Córdoba.*

Hace hoy un año de su muerte. Recordémosla religiosamente en lo íntimo de nuestras conciencias de ciudadanos y de argentinos, porque fué el primero de los argentinos cuando quiso hacer de nosotros los primeros ciudadanos de América, y fué el primero de los ciudadanos, cuando todos los argentinos le brindaron a su muerte la grandiosa apoteosis de su duelo.

Cayó de golpe como los titanes; también puede decirse que se debatió como Prometeo en los estertores de una larga agonía.... Debo explicarme: sus fuerzas físicas cedieron al empuje de un proceso de descomposición lento, pero seguro, mientras su espíritu, recio y erguido como el carácter de su stirpe castellana, mantuvo toda la energía de su llama creadora hasta la noche misma de su muerte.

Y ella nos llegó envuelta en el fracaso de la honda crisis que conmoviera a la civilización contemporánea. Crisis de la individualidad, crisis de la razón y del derecho, crisis de la paz, debía arrastrar consigo a los exponentes de la excelencia individual, a los campeones de la razón y del derecho, a los príncipes de la fraternidad y de la paz.

El fragor de la catástrofe universal no fué óbice para que

sintiéramos todo el estruendo del desastre local; y vimos caer la gallarda figura del presidente del sufragio, como se ve desplomarse un edificio cuyos cimientos acaban de ser poderosamente sustentados y cuya alta y genial arquitectura halagaba las vanidades de la estética y satisfacía las exigencias de la necesidad.

Lloráronlo los niños y los hombres; los sensibles y los estoicos; los políticos y los obreros de la materia o del espíritu, porque en él todos encontraron un apoyo o sintieron palpitar un afecto, o de él merecieron un consejo o recibieron un estímulo.

Nada parecía existir ante él sobre la verdad o la justicia: la sinceridad, tal podemos decir que fué la norma de su vida.

En la cumbre de la existencia, lo vimos recorrer una jornada breve, pero recta, y si algunas oscilaciones, inherentes por otra parte a su naturaleza humana, marcara su luminosa trayectoria, valdrían ellas tal vez para la crítica, lo que los relieves de la corteza terráquea para la esfericidad de nuestro globo, hasta tal punto el volumen y la consistencia de la masa, atraen en su conjunto la ansiosa mirada del infinito, despreciando los accidentes del detalle.

Porque fué amigo de los niños en el atardecer mortecino de su vida; porque fué amante del progreso en todas sus manifestaciones; desde la niñez, que abarca todo el porvenir, hasta el culto de la patria, que sintetiza todo el pasado; desde la escuela, que disciplina la razón, hasta el ateneo que educa el sentimiento; porque abrió las puertas del derecho y compelió a su pueblo al cumplimiento del deber; porque quiso realizar la visión genial de una república más grande y más hermosa, formada de ciudadanos más conscientes y más virtuosos, nos toca, a nosotros, ciudadanos por él restaurados al usufructo de tan sagrados derechos, hablaros sobre la apología de su vida y de sus virtudes, a vosotras, jóvenes maestras de los ciudadanos del porvenir, que serán los testamentarios de su dogma.

La dirección de esta escuela ha querido sin duda, al rendir este homenaje póstumo, consagrar ante vuestra conciencia de edu-

recandadas e infundir en vuestro espíritu docente, el culto de un ciudadano eximio y de un argentino ilustre que erigió un altar a la patria en cada escuela y sembró de escuelas los confines de la patria.

De tal suerte, ciudadano y patriota al mismo tiempo, invitado a la molición del espíritu por sus achaques, no omitió sacrificio a sus quebrantos físicos para imponer enérgicamente el dogma cívico de su vida doquiera peligrara el pueblo en el ejercicio de un derecho; y formado en un ambiente guerrero que trasuntaba glorias militares, hizo el sacrificio de sus sentimientos de soldado en holocausto a la paz de la república sobre el ara de la fraternidad americana.

Jóvenes educandas, cuando lleveis a la mente de vuestros discípulos de mañana los atributos abstractos de la patria y queráis concretarlos en hombres y en acontecimientos, recordad a Saenz Peña entre los próceres creadores u organizadores de la nacionalidad, que no desmerecerá talvez de ninguna otra la corona que aureola su figura histórica; consolidó la democracia y aseguró el porvenir, con la paz de la República.

---

Señoritas:

En el confuso desarrollo de nuestra democracia igualitaria, la política lo ha invadido todo; ningún órgano de la vida pública, ningún elemento de la actividad nacional ha podido substraerse a esa función, que nacida para la organización y el mejoramiento de la colectividad, ha degenerado en un campo de explotación personal del individuo.

La enorme tara del analfabetismo que pesa sobre una gran mayoría del país, la composición cosmopolita de nuestro pueblo y la limitada capacidad ideológica de sus diversos elementos constitutivos, ha permitido la entronización del individuo sobre la colectividad. Hemos visto invariablemente que la ínfima minoría

de los más diestros ha absorbido el poder público durante largos períodos de nuestra historia; las funciones del gobierno han rotado sin cesar dentro de un círculo de personas con acceso limitado y con función transmisible: el estado mayor de los partidos, y los partidos han quedado concretados durante mucho tiempo a una mera función de los presupuestos.

Así han nacido las oligarquías, una de las más graves, sino la peor de las transgresiones de nuestras democracias.

De ese ambiente defectuoso por propia naturaleza surgió a la vida pública Saenz Peña. Desde ese mismo ambiente, muchos años después, cúpole escalar la primera magistratura del país.

Su carrera como soldado, como político y como diplomático comprende el primero y más largo ciclo de su existencia. Pero al cerrar con la muerte su segundo ciclo, es tan solo como estadista y como magistrado que la opinión de sus conciudadanos le ciñe los laureles de la inmortalidad.

Reintegrado a la patria después de larga y provechosa ausencia, en la que aprende a amarla sin sugerencias ni banderías, trae de ella una visión de conjunto magnificada por la distancia y robustecida por la observación comparada de otros pueblos y otras civilizaciones.

Cruzado de una nueva idea que ha procreado en las largas vigiliias de su voluntario extrañamiento, vuelve lleno de entusiasmo y de su fe en el porvenir de la nación. Quizá ese concepto amplificado de la grandeza patria, elaborado en suelo extraño, le lleva a exagerar el rigor del formulismo protocolar y rinde pleito homenaje a esa grandeza, en los atributos soberanos de la racionalidad.

Así ensalza la investidura de la nación en su propia investidura, y la rodea de una suntuosa magnificencia que trasunta a realaleza.

Ha sentido desde lejos el sordo rumor de las mareas populares que reclaman, desde el ostracismo político en que yacen, la reintegración de sus derechos. Conoce y siente a su raza, ama a

su país, tiene fe en sus destinos, y cuando los lictores palaciegos se empeñan en impedirle el paso a la portada que le conduce a su pueblo, cuando los cuchicheos de antesalas procuran convencerle de la incapacidad política del país para gozar del ejercicio de sus derechos, el magistrado, con un gesto altivo, se yergue sobre la chata uniformidad del incondicionalismo cortesano para acentuar su personalidad sobre la brillazón del sol de la justicia. Auscultando directamente los latidos de su pueblo, rompe la trabazón con que las oligarquías habían aherrojado las voluntades populares, abre las puertas del comicio y al imperativo de su "*quiera votar*" las muchedumbres se movilizan en silencio, sin espasmos ni precipitaciones, y en largas y cada vez más nutridas filas llevan a la impaciente vaciedad de las urnas el aporte enorme y creciente de su propio imperio.

La fe ha triunfado una vez más; la semilla así arrojada, encuentra el abono amasado en los surcos de la historia por el sacrificio de tantos mártires del civismo y apresura su germinación y crecimiento.

Hoy ya la planta ha dado frutos. La democracia argentina regenerada, redimida, por la inquebrantable fe del magistrado, del pesado fardo de la incapacidad y de la indiferencia a que se la tenía injustamente condenada, escribe así una de las páginas más brillantes de su historia. Es verdad que la obra está solo iniciada; es verdad que como en la canción inglesa podemos repetir "que es largo, muy largo el camino a recorrer hacia el ideal soñado. . . . .", pero la columna está en marcha; para desplazarse ha necesitado un motor, ese motor es el espíritu de la democracia que alienta a las sociedades constituídas, y nada ni nadie será capaz de detenerlo.

La conquista del derecho del voto, por medio del cual en las democracias organizadas colabora hasta el ciudadano más humilde en las altas funciones del gobierno, es un acontecimiento no menos grande que la emancipación política del año 10, libertadora de la tutela extraña; no menos fundamental que la asam-

blea constituyente del 53, organizadora del régimen interno; la reconquista del sufragio que hasta entonces había sido pálida semblanza o torpe ficción del ideal democrático, era la emancipación de la tutela interna, era el fruto obligado y siempre postergado de aquellas dos grandes gestas que, en su tiempo, crearon y organizaron la nacionalidad, respectivamente.

Cúpole en digna suerte a Saenz Peña, presidente, iniciar su mandato con la segunda centuria de nuestra vida autónoma; cúpole así, también, escribir en el segundo volumen centenario de nuestra historia, la primera inmaculada página, toda llena de moral y de progreso. Bastaría ella sola para consagrar el recuerdo del estadista en la estatuaría de la inmortalidad.

Después, con nobleza realmente argentina, tendió los brazos de la república a sus hermanas de América; temió que la vaciedad del aislamiento, despertara la inaplacabilidad de los enconos; temió la guerra, no por la guerra misma, sino, porque desprovista de objetivo, ella solo hubiera valido cercenar el porvenir esplendido de la patria. Su aversión al desierto, tantas veces cantada en las glosas de documentos profundamente pensados y galanamente escritos, fué la más vívida nota de su amor a la república.

La guerra, que conspira contra el progreso material de los pueblos con sus hecatombes y sus fracasos, sólo podía sin beneficios inmediatos, extender el desierto. Sus reminiscencias de soldado, no ofuscaron su conciencia de argentino, y anatematizó la guerra, brindando el ramo de fresco olivo a los pueblos, con su oportuna frase, talvez más hondamente pensada que lealmente sentida: *"Todo nos une, nada nos separa"*.

Antes, había robustecido con su idea amplificadora, la esencia definida del dogma de mayo, en otra frase, síntesis admirable del espíritu y del porvenir americanos: *"América para la humanidad"*.

Por eso la humanidad que piensa y la humanidad que siente, lloraron a un mismo tiempo sobre su tumba, la desaparición eter-

— 80 —

na de un hombre que encarnaba un ideal, y la crisis de un ideal que llevaba la paz entre los hombres.

---

Consciente y convencido de la magna contribución que al desarrollo general de la nación, le prestan los estados mediterráneos, quiso traer repetidas veces al corazón del territorio, su guarda y suntuosa investidura de presidente de todos los argentinos. Y así le vimos presidiendo en Córdoba las asambleas universitarias, y en Tucumán las peregrinaciones del patriotismo y en Santa Fe, las fiestas del comercio y de la industria; y así identificaba su figura de patricio y su alma de patriota, con el espíritu inmanente de cada una de las regiones de la república, que se vigorizaba a su contacto.

Y obcecado por el ideal absoluto de su misión histórica, llevó a la cumbre toda la entereza moral de un prócer, olvidando las asperezas que pudieran haberlo lastimado en el llano. Cerró todos los resquicios del gobierno y de la administración a la infiltración de los políticos, conjuró las murmuraciones palaciegas por la firmeza con que supo exhumar el espíritu cívico desde el arcano adonde guardáranlo en días aciagos los custodes populares. No hubo para él amigos ante la equidad y la justicia, ni supo de enemigos cuando hubo de adjudicar una parte del patrimonio que le cabía en su alta investidura. Y cuando, decepcionados de la justicia y del derecho, acudían a él las víctimas del favor político, sabía arrogarse, toda entera, la apelación de la causa, para fallar en última instancia con la conciencia recta y el criterio sano.

Por eso, señoritas, la dirección del establecimiento ha querido que os sea recordada en este día la imagen del mandatario ilustre, desgraciadamente malogrado en hora temprana para la república.

Porque fué un ejemplo y tan inmediato que podeis alcanzar-

lo todavía; porque su vida de presidente y de argentino fué un modelo que podeis ofrecer sin reparos a las generaciones infantiles entregadas por la patria a vuestra custodia; porque teneis en vuestras manos su obra, toda impregnada de civismo, de paz y de progreso, se ha querido que la escuela conmemore el recuerdo de ese ciudadano que bien podría llenarla toda con su espíritu, porque fué el maestro de la nueva democracia argentina que nació con el siglo y que siguiendo su huella luminosa, llevará a la república a sus más altos fines.

GREGORIO N. MARTINEZ.

---